



EXPEDICIONES CIENTÍFICAS INGLESAS EN CANARIAS Y LA INVENCIÓN DEL TURISMO

ENGLISH SCIENTIFIC EXPEDITIONS TO THE CANARY ISLANDS AND THE INVENTION OF TOURISM

Nicolás González Lemus*

Cómo citar este artículo/Citation: González Lemus, N. (2023). Expediciones científicas inglesas en Canarias y la invención del turismo. *XXV Coloquio de Historia Canario-Americana (2023)*, XXV-058. <https://revistas.grancanaria.com/index.php/chca/article/view/10895>

Resumen: Este trabajo pretende estudiar cómo fue el proceso de descubrimiento de la idoneidad del clima de las Islas para la convalecencia de determinadas enfermedades y que en definitiva supuso el despegue del turismo en Canarias. La literatura de viaje en Canarias está llena de referencias a la benignidad de nuestro clima, sin embargo, por razones obvias me ocuparé solamente de la literatura de viaje escrita fundamentalmente por naturalistas y médicos que se detuvieron en el análisis del clima insular. Sus preocupaciones fueron el estudio del tiempo de las islas de Tenerife y Gran Canaria, que consistía en la temperatura, del aire y del agua del mar, humedad, el viento, la condición del cielo y las nubes, la neblina, la lluvia y otros fenómenos meteorológicos, incluso recursos hídricos. En definitiva, la geografía física de Canarias, o si se prefiere geografía medica. No obstante, aunque algunos navegantes no hicieron referencia directamente a la climatología, sí fueron importantes por sus prestigios y barcos de leyendas en los cuales viajaron, aunque como es obvio les daré menos cobertura que a aquellos navegantes que jugaron mayor protagonismo en el tema de estudio. Así pues, es necesario ocuparme de la mayoría de los navegantes, naturalistas y viajeros desde el siglo XVIII hasta el siglo XIX.

Palabras clave: Canarias, expediciones científicas, Inglaterra, turismo.

Abstract: This work aims to study the process of discovering the suitability of the climate in the Canary Islands for convalescence from certain illnesses, which ultimately led to the takeoff of tourism in the region. Travel literature about the Canary Islands is full of references to the benignity of the climate, but for obvious reasons, I will only focus on travel literature written mainly by naturalists and doctors who analyzed the island climate. Their concerns were the study of the weather in Tenerife and Gran Canaria, which included temperature, air and sea water temperature, humidity, wind, sky and cloud conditions, fog, rain, and other meteorological phenomena, including water resources. In short, it was the physical geography of the Canary Islands, or if you prefer, medical geography. However, although some navigators did not directly refer to the climate, they were important for their prestige and legendary ships on which they traveled, but I will obviously give them less coverage than those navigators who played a greater role in the topic of study. Therefore, it is necessary to focus on the majority of navigators, naturalists, and travelers from the 18th century to the 19th century.

Keywords: Canary Islands, Scientific Expeditions, England, Tourism.

INTRODUCCIÓN

La principal protagonista es Inglaterra. Pero, aunque a lo largo de la historia las relaciones entre Canarias y Gran Bretaña hayan sido muy estrechas, siempre han pasado por diferentes momentos, determinados, sobre todo, por el devenir económico y la coyuntura internacional. Siempre han basculado entre la guerra y la paz porque la historia de Europa hasta el siglo XIX está marcada al son de los intereses de las diferentes Coronas. Así, cuando España e Inglaterra

* Profesor Titular Escuela Universitaria de Turismo de Santa Cruz de Tenerife. España. Correo electrónico: nicolas.gonzalez@eutur.es

mantenían buenas relaciones las actividades económicas fluían con toda normalidad. Los puertos de las islas capitalinas se convirtieron en importantes ciudades portuarias. Las visitaban numerosos barcos por razones comerciales. Fueron los comerciantes y marineros bristolianos, que ya frecuentaban el suroeste ibérico, los primeros en visitar las Canarias a través de Sevilla y Sanlúcar de Barrameda. Entonces las relaciones de los reyes de las Coronas de Inglaterra y Castilla eran buenas. Recuérdese que la política de Enrique VII y su hijo, Enrique VIII, fueron de acercamiento con resultados positivos. En un principio, se viajaba a las Islas para la adquisición del único producto que se producía en ellas: la orchilla para tintes. Estamos a finales del siglo XV, todavía sin ser todas las Islas conquistadas. Pero, una vez colonizada, se desarrolla la industria azucarera y a renglón seguido la vid, iniciándose así un tráfico importante de los preciados vinos. Tenerife fue la principal productora en cantidad y calidad, no solo de malvasía, sino también de vidueño —más flojo y de menor calidad y graduación—, que tenía salida para las Indias españolas. A continuación, tenemos los vinos de la isla de La Palma, especialmente los producidos en la banda oriental, no de tanta exquisitez, pero con demanda en ambos Mundos. Los de Gran Canaria eran de menor calidad. Muchos ingleses, favorecidos por las buenas relaciones entre España e Inglaterra, poseían el derecho de ejercer el comercio en todos los dominios españoles, incluida las Canarias, en tanto que lo dirigieran, como los mismos españoles, a través de Sevilla y las regulaciones que imponía la Casa de la Contratación, creada en 1503. La actividad mercantil se vio favorecida a partir de 1508, momento en que se autorizó a los mercaderes a comprar en Canarias y llevar a las Indias todo tipo de productos no prohibidos por la Corona española, aunque, al amparo de la permisibilidad, practicaron el contrabando. A partir de entonces, comenzó la presencia inglesa en las Islas, sobre todo de bristolianos, londinenses y comerciantes del sur de Inglaterra. Viajeros ingleses frecuentan Canarias por razones comerciales. Cargaban sus barcos con manufacturas (ropa de varias clases y de diferentes colores, bramantes, jabones y otras mercancías) para venderlas en la costa de la Berbería y en los puertos isleños, a su vez regresaban con azúcar, vino, pieles de cabrito y orchilla, muy abundante en La Gomera, El Hierro y Fuerteventura.

Eso originó la presencia de muchas naves en puertos canarios y muchos viajeros. A través de los libros de viaje, historias fantásticas, mitología marina y representación cartográfica existía desde la Edad Media un vago conocimiento de las Islas. Conocimiento que también se disponía en Inglaterra. En el puerto de Bristol, por ejemplo, se conocía la leyenda de la isla del Brasil, las Siete Ciudades, tierras de las maravillas, y la misma historia del monje irlandés San Brandán, el Navegante, que partió el 22 de marzo de 516 con otros diecisiete monjes en un barco para buscar el Paraíso Terrenal, y que en las Islas Canarias dio origen a la leyenda de la isla de San Borondón.

Bristol, Liverpool, Plymouth, y Londres se convirtieron en los principales puertos comerciales. Pero mientras los puertos isleños eran frecuentados por las travesías comerciales, en Europa, en Inglaterra a partir del siglo XVII comenzó una época extraordinaria de avance de la ciencia y la filosofía de la naturaleza. En Inglaterra ya abundaba una excelente literatura de viajes, un género literario establecido entre el siglo XVI y XVII. Cabe mencionar las obras de Hieronymus Turler (1574), Hilarius Pyrckmair (1577), Teodor Zwinger (1578), Albert Meier (1605) y de enorme utilidad serían los libros de Edmond Tyllney (1579-1610) y su contemporáneo Francis Bacon (1561-1626). Sus ensayos sobre el mundo del viaje se convirtieron en *best sellers*, en verdaderos manuales para los viajeros de todos los tiempos, incluso para los de hoy en día. Son unos clásicos de la literatura de viajes.

Ese movimiento por el desarrollo de la ciencia culminaría con la formación en Londres de la Royal Society en noviembre de 1660 y la aparición de Isaac Newton, una de las personalidades científica más importantes de todos los tiempos, si no la más grande, y patrimonio de la Ilustración inglesa. A continuación, en diciembre de 1666, se forma en París la Académie des

Sciences con el mismo objetivo: contribuir al progreso de la ciencia. La aparición del sextante y las investigaciones astronómicas de Newton rindieron un valiosísimo servicio al arte de la navegación. Permitieron, en efecto, predecir con exactitud cada una de las posiciones de la Luna entre las estrellas, lo que facilitó una manera segura para el cálculo de las longitudes¹, un problema clave de la geografía, que ocuparía el interés de la ciencia de la Ilustración en el siglo XVIII. Y desde el inicio del siglo comenzó el interés de las dos potencias imperiales rivales, Francia e Inglaterra, por realizar grandes viajes para dominar la totalidad del Planeta. En este siglo se llenaron la mayoría de los espacios que quedaban por descubrir y ocupar. Todavía quedaban inmensos claros en los mapas y muchos problemas por resolver. El más sugestivo de todos era el planteado desde décadas: *Terra Australis Incognita*². A principios de siglo se habían hecho algunas expediciones esporádicas y por iniciativas privadas, como la de Jacob Roggewein, que a sus sesenta años realiza un viaje, desde 1721 hasta 1723, un proyecto que le había planteado a la *Duch East India Company* en 1696. Partió de Ámsterdam el 16 de julio de 1721 y sobre noviembre pasó por las Islas, y cuando se encontraba entre ellas, le vino a la mente el problema candente en la navegación con respecto al meridiano, en la medida en que «los geógrafos de Holanda adoptaron como el primer meridiano en sus mapas y cartas marinas al Teide [entonces llamado Pico de Tenerife], considerada como la montaña más alta del mundo, mientras que Francia e Inglaterra se inclinaron en fijar su primer meridiano en sus respectivas capitales de París y Londres. Estas diferencias habían originado mucha confusión a los marinos en las longitudes de los lugares, diferentes desajustes. A causa de esto, Luis XIII de Francia, por edicto de 1634, empeñado en obviar este inconveniente, decide que el primer meridiano sea establecido en la isla de El Hierro, la más occidental de las Canarias»³. El problema de la longitud y la latitud era de capital importancia y en el siglo XVIII todos los viajeros y navegantes, o la mayoría de ellos, se armaban un lío sobre el meridiano cero, porque las respectivas medidas de latitudes y longitudes de los lugares que visitaban eran diferentes.

EL TEIDE EN LA ROYAL SOCIETY

Fue precisamente el Teide, el «Pico de Tenerife» la primera de las montañas volcánicas que llamó la atención a la Royal Society de Londres, fundada oficialmente en 1662 bajo los auspicios de Carlos II, que además de responder a las nuevas actitudes culturales, intelectuales y psicológicas surgidas a raíz del avance de la ciencia, trataba de favorecer el desarrollo mercantil de la nación. Precisamente, uno de los dos secretarios adjuntos de la sociedad era Henry Oldenburg, un negociante burgués con amplias conexiones con el continente⁴.

En la medida en que las compañías mercantiles y los comerciantes ingleses estaban estrechamente conectadas con la investigación de la naturaleza y su familiaridad con las Islas Canarias, muchos factores y residentes de Inglaterra en el Archipiéago cultivan el espíritu emprendedor y explorador del Teide. Es el caso de los mercaderes Philips Ward, John Webber, John Cowling, Thomas Bridges, George Cove y un tal Clapham. Realizaron una ascensión en fecha nada clara. Según el Register I, pp. 36 de la nota 200 de la *History of the Royal Society*, el ascenso se produjo en agosto de 1646. Wölfel lo sitúa en 1650. Charles Edwardes

1 GEYMONAT (1985), v. 2. p. 255.

2 BROSSE (1985), p. 14.

3 ROGGEWEIN (1724), v. II, p. 71.

4 MASON (1985), p. 176.

señala que tal excursión se realizó en tiempos de Carlos II⁵. Sea como fuere, al parecer, tales caballeros obtuvieron un permiso especial de la embajada de España en Londres para realizar experimentos en el Teide. Independientemente de la fecha, sus testimonios son de gran interés, pues nos encontramos entre los primeros viajeros comerciantes que hablan de la gran cantidad de piedras sueltas azuladas que se hallaban en el cráter, además de poseer un herrumbre amarillo que era típico del cobre y el vitriolo. Era el azufre, conocido con el nombre de nitrón, la base del ácido sulfúrico, considerado como el ácido universal («universal» en el sentido de ser el principal ácido presente en todas las sustancias que manifestaban propiedades ácidas)⁶. Azufre, nitro y vitriolo van a aparecer como los elementos químicos que marcarían el interés por el Teide. La excursión al Teide de estos comerciantes la incorporó en su historia de la Royal Society de Londres, Thomas Robert Sprat, más tarde obispo de Rocherter y deán de Westminster⁷. Fue la primera historia de la *Royal Society*, publicada en 1667, justo cinco años después de la fundación de la sociedad por Orden Real de Carlos II. En ella, Thomas R. Sprat detalla los acontecimientos y las causas que llevaron a fundar la institución científica y escribió que «el noble e inquisitivo genio de nuestros comerciantes ha contribuido mucho al progreso de las ciencias y al establecimiento de la *Royal Society*». De esa manera Canarias, y más concretamente el Teide, entra en los anales de la más prestigiosa sociedad científica de la época, exactamente seis años después de su fundación. Así pues, es en el siglo XVII cuando se tiene conocimientos de las riquezas mineralógicas del Teide. A partir de esos momentos el Teide pasa a ser motivo de interés por parte de las sociedades científicas de toda Europa, pues la Royal Society constituyó hasta finales de siglo un punto obligado de referencia para la ciencia natural del Viejo Continente⁸ y de la mayoría de los navegantes del siglo XVIII.

No obstante, el siglo XVIII comienza con la Guerra de Sucesión española (1701-1714), y los viajes se demoran. El fin de la guerra con el tratado de la Paz de Utrecht en 1713 supuso la vuelta a una calma entre los Estados europeos beligerantes, aunque fuese relativa y en muy malas condiciones para algunos países, sobre todo para los imperios ibéricos, que, aparte de perder territorios, pierden el monopolio exclusivo del comercio americano, en beneficio de las nuevas potencias ultramarinas. Las facilidades que daba el nuevo clima de paz para la reanudación de los viajes fueron materializadas por las dos nuevas potencias marinas rivales, Francia e Inglaterra. El Teide vivirá su edad de oro en el siglo XVIII y buena parte del siglo XIX. Las expediciones europeas hacia las Islas para el estudio de la naturaleza isleña, incluida la montaña del Teide, así como los largos viajes de exploración hacia los mares australes, América, Oriente, incluso África, le valieron al volcán el reconocimiento histórico.

EL TEIDE Y SU TEMPRANA IRRUPCIÓN EN LA CIENCIA

El viaje de Edens al Teide

Viera y Clavijo recogió la expedición J. Edens que partió del Puerto de Orotava el martes 13 de agosto de 1715, a las diez y media de la noche, acompañado de otros cuatro ingleses y de un holandés⁹. La excursión, también quedó reflejada en los anales de la sociedad londinense, texto publicado por la revista de la Royal Society, *Philosophical Transaccions*, bajo el título

5 EDWARDES (1887), p. 242.

6 BROCK (1998), p. 111.

7 SPRAT (1734)

8 REI (1978), p. 157.

9 VIERA Y CLAVIJO (2016), p. 241.

*An account of a journey from the Port of Orotava in the Island of Teneriffe to the Top of the Pike in that Island, in August last: with Observations thereon*¹⁰. Precisamente cuando consulté el texto de Edens en la Royal Society averigüé que no se trataba de un científico y era un viajero ajeno a la sociedad, aunque su escrito es de gran utilidad para los futuros naturalistas. Edens y sus acompañantes que llevaron las provisiones hicieron la excursión al Teide y en La Orotava cogieron unos bastones para facilitarles la marcha. El día siguiente, a la una de la mañana, alcanzaron una montaña a milla y media del pueblo, desde donde, favorecido por la claridad de la Luna, divisaron el Teide. Edens menciona el Dornajito en el Monteverde, según él, el nombre se debe a un profundo agujero en el que cae agua pura y fresca de las montañas. También menciona la cruz de madera que los isleños la denominaban Cruz de la Solera, y desde donde tuvieron una hermosa vista del volcán, además de lugar de descanso de los excursionistas. Después de cruzar Montaña Blanca el inglés ya hace mención de la llegada a la *estancia* para referirse a la *Estancia de los Ingleses*. Para él estaba a un cuarto de milla más arriba del pie del Teide por la parte este. Allí encontraron tres o cuatro peñascos duros y negros, con unas cavidades grandes para el abrigo de los viajeros. En ellos dejaron los caballos, lugar de descanso en la propia montaña.

Una vez al pie del Pan de Azúcar pudieron contemplar aún el vapor que salía del interior del cráter. Fue el primero que dio las primeras medidas del diámetro del cráter. La cima del Pico era para el inglés de forma ovalal por lo menos de 140 taesos de largo y 110 de ancho y la mayor profundidad está en la parte sur. Por todos sus costados era bastante escarpado. En lo interior de la Caldera, la tierra tenía cierto parecido a la pasta; y si se alargaba adquiría la forma de vela, que ardía como azufre, comentó. Por todos lados había agujeros ardientes «y si se levantaba una piedra había pegado bastante azufre». Encima de los agujeros por donde salía el humo era tanto el calor que difícilmente se podía poner la mano. Edems negó que en lo alto del Teide hubiera problemas de respiración y aseguró que lo mismo respiró allí que al pie del monte y que comió con el mismo apetito. También tuvo la suerte de contemplar la sombra del Teide que desde el mar se extendía hasta La Gomera.

Con Edens se despejó el miedo que existía a la subida al Teide, viéndose más libre en el futuro los proyectos de excursión a la montaña.

El Teide y los hermanos Heberden

El Teide estará presente de nuevo en la Royal Society a través de tres prestigiosos miembros: los hermanos William y Thomas Heberden y Henry Cavendish. Los viajeros y comerciantes habían señalado la existencia de azufre y, por añadidura, nitro (nitrato potásico) en el Teide. Thomas Heberden, uno de los primeros en ocuparse por el estudio de los recursos naturales del Teide, recogió unas muestras y cuando se trasladó a Madeira, después de vivir en La Orotava 7 años, se las envió a su hermano William, el prestigioso médico de Londres que usó por primera vez el término médico angina de pecho en 1772. Thomas hizo varias excursiones al Teide y pasaba mucho tiempo buscando piedras de azufre y arcilla roja cubierta de sal para enviarlas a su hermano. En Canarias existía gran reserva de plantas barrilleras que crecían de manera espontánea en zonas costeras o salinosas y de las cuales se sacaba la barrilla. Ésta tenía un alto contenido de sales alcalinas. La comercialización de la barrilla adquirió mayor protagonismo en el siglo XVIII, pero Inglaterra la compraba y la conocía desde el siglo XVII. Como es bien sabido, la barrilla era la planta calí, de la cual se extraía una sal que se llamaba el álcali vegetal, muy utilizado para la fabricación del jabón, los cristales, tinte y otras aplicaciones químicas,

10 ROYAL SOCIETY (1714-1716), p. 317.

de ahí su gran importancia en el comercio de las Islas. Las sales que se encontraban en el Teide eran alcalinas, pero se desconocía su composición química. William, en la medida en que no era químico e interesado en dilucidar los componentes químicos de las piedras que le había enviado su hermano desde Tenerife, se las entregó a su amigo Henry Cavendish, un prestigioso químico de entonces y descubridor del hidrógeno. Los experimentos realizados por Cavendish, junto con las piedras, los presenta William Heberden en una sesión de la Royal Society¹¹. Comunicó a los miembros de la sociedad londinense que, según su hermano, la sal que se encontraba en los bordes del cráter se llamaba *salitrón*. Era la base del natrón (carbonato sódico), que se encontraba en abundancia en las Cañadas, y que algunas veces se llamaba álcali, la sosa de hoy en día. Se creía que el natrón solamente se encontraba en Egipto, donde era utilizado para conseguir la preservación de los cadáveres en el proceso de momificación. El natrón encontrado en Tenerife estaba en estado puro. A William también le llamó la atención que se encontrara en las Cañadas del Teide, pues al estar su origen en las sales marinas, no se explicaba como se conservaba a tal altitud, soportando las inclemencias del tiempo. La barrilla tenía más impurezas que el álcali fósil o mineral, del cual se extraía también el natrón. Por su parte, con una solución fuerte de natrón se podía hacer antorchas, que tiene la propiedad de quemarse pero no chispea, y era muy usada por los canarios para alumbrarse.

La curiosidad por la composición del sulfuro ocupó interés de algunos. El viajero William Wilde (1837) lo analizó como sigue: sílice, 81.13%; agua, 8.87%; y un poco de cal. Otros habían obtenido del mineral, cuando se condensa sobre la superficie fría, cristales diminutos de alúmina. Según Richard Burton, Addison encontró en un «espléndido cristal de sulfuro en forma de octaedro» una brillante sustancia blanca de estructura cristalina, de alguna manera como ópalo. Cuando se analizó se encontró que tenía 91 por ciento de sílice y el resto de agua.

Este acercamiento a los minerales respondía al interés para la explotación comercial dada la importancia del carbonato sódico, el azufre y el ácido sulfúrico obtenido de éste. En el siglo XVIII comienza a exportarse el segundo para la Península Ibérica. Viera y Clavijo señala que el Teide era rico en azufres, que se encuentran incrustados en grandes cantidades en sus calderas y grietas, y «cuantos viajeros y curiosos suben a aquella altura, admiran y celebran con razón la variedad de sus colores, porque hay azufre blanquecino, azul, verde, violeta, amarillo y lo hay virgen, cristalizado, transparente, polvoriento y en filetes». No obstante, su explotación económica a gran escala no se daría hasta la segunda mitad del siglo XIX y buena parte del XX. Se encontraba también en Lanzarote y La Palma, además de Tenerife, como consecuencia de sus respectivos suelos volcánicos.

Viera también recogió el viaje de Louis Feuillée, mínimo doctísimo, y matemático de la Academia Real de las Ciencias, en 1724, para que fijase la altitud del Teide, entre otras funciones¹². Sus errores de la medida de la altura del Teide obligó a la sociedad científica a enviar, en 1776, a las Islas en la fragata *Boussole* a Charles Borda, quien fija la exacta posición de Canarias y realiza la correcta medición del Teide (3.712,8 metros, la altitud más próxima a la real, 3.718 metros). Precisamente James Cook durante su segundo viaje se encuentra con la fragata francesa *Boussole* en el muelle de Santa Cruz.

La estancia de John Henry Cox

Un navegante que arribó al puerto de Santa Cruz de Tenerife por avituallamiento y sintió unos enormes deseos de ascender al Teide, pero le advirtieron que era peligroso por estar totalmente nevado, fue John Henry Cox, un rico inglés que toda su vida la dedicó al viaje por el simple placer

¹¹ ROYAL SOCIETY (1765), p. 57.

¹² VIERA Y CLAVIJO (2016), p. 240.

de la curiosidad, y el goce¹³. Tras la muerte de su padre —un comerciante de Londres que realizaba considerables transacciones en Canton— Cox se dirigió a la *East India Company* para solicitarle permiso de estancia en China por tres años para vender los stocks de su padre. En 1780 le fue concedido el permiso por dos años, sin embargo, se estableció en Canton como independiente, al margen de la *East India Company* por más tiempo. Con el bergantín *Mercury* realizó, en 1789, en compañía de George Mortimer, un viaje a Tasmania, avistada por primera vez por el explorador Abel Tasman en noviembre de 1642 y por donde pasó el capitán James Cook en 1777, pero sin desembarcar. El *Mercury* fondeó en la costa este por madera y agua y Cox la denominó la bahía de Oyster. Fondeó en el muelle de Santa Cruz de Tenerife el 13 de marzo de 1789. Allí se encontraron con el buque de HMS el *Crown*, de 64 cañones, y las fragatas *Phoenix*, *Perseverance* y *Atalanta*, al mando de William Cornwallis, amigo de Horatio Nelson y destacado oficial de la *Royal Navy*, entonces comandante en jefe de la *East Indies Station* desde octubre de 1788, un ejemplo de la cantidad de destacados navegantes que arribaban al puerto de forma anónima. El día 16 de marzo abandona la isla rumbo las Antillas William Cornwallis con su escuadrón. Cox y Mortimer hacen una excursión a La Laguna y a Puerto de Orotava, lugar que elogia George Mortimer por su clima y la vegetación en sus alrededores. El día 25 se despide el *Mercury* rumbo al Pacífico. El lugarteniente George Mortimer fue el encargado de redactar el viaje y dedica la publicación a John Henry Cox por su curiosidad exploradora a las regiones remotas y su deseo de ayudar a la Ciencia, Geografía y conocimientos náuticos. Pero mientras esto sucedía en el Atlántico y más tarde en el Pacífico, en el continente europeo se estaba realizando un viaje de británicos por problemas de salud, que van a estar relacionados estrechamente con el temprano turismo en las Islas Canarias. Pasaría a la historia como el Grand Tour.

EL VIAJE MARÍTIMO EN EL SIGLO XVIII Y EL GRAND TOUR

Especificamos este epígrafe con la aclaración de «marítimo», porque ahora los viajes por mar de siglos anteriores, y posteriores, van a coexistir con los viajes por tierra, sincronización que perdurará hasta el siglo XIX. Nos encontramos con el nacimiento del Grand Tour, antecedente del turismo en Canarias. Como afirma Consol Freixa, en Gran Bretaña se desarrolla una gran afición a viajar y coleccionar que no solo les llevó a los rincones más alejados del planeta, sino también a pasear por Europa creando en los que se dio a llamar el Grand Tour¹⁴. Sus orígenes se remontan en las últimas décadas del siglo XVI, cuando los jóvenes de la aristocracia inglesa, acompañados de un tutor, se trasladan al continente por razones de estudios. Favorecieron los viajes de estudio el desarrollo del pensamiento empirista y —como correctamente señala Sousa Nunes— la instrucción clasista¹⁵. En efecto, la lectura de los autores antiguos constituía en la Inglaterra isabelina la base del sistema educativo. Su programa de enseñanza estaba fundado en el estudio de los clásicos griegos y latinos. Las lecturas de los textos de Horacio y Virgilio era un placer más dentro de la serie de placeres que formaban parte de la vida de las clases dominantes inglesas y se consideraban indispensables para la formación del gusto. Solo ese conocimiento permitía participar en los debates estéticos de la época. Es claro que esto despertó una pasión por los vestigios de la antigüedad, y que se traduciría en el viaje a Francia, Italia, Grecia, y en menor medida a Alemania. Formaba parte de la instrucción de los jóvenes estudiantes para complementar sus estudios. Se trataba de viajes para el conocimiento de otras culturas. Edmond Tyllney y Francis Bacon se esforzaron en dar sugerencias a los viajeros para adquirir conocimiento

13 MORTIMER (1791), p. V.

14 FREIXA (1993), p. 9.

15 SOUSA NUMES (1988).

de las culturas de otros países. Respondía al nuevo método empírico establecido por la filosofía inglesa que suponía la aceptación de una multitud de observaciones como fuente de aprendizaje¹⁶. Como el viaje al continente era caro, se tardaba bastante tiempo y estaba limitado por las permanentes guerras, aún muy pocos podían hacer el Grand Tour¹⁷. Pero, a pesar de esos obstáculos, e incluso de la enorme importancia del viaje en el interior de Inglaterra en los siglos XVI y XVII, el viaje al extranjero y la expansión de ultramar protagonizada por los ingleses estaba influyendo de una manera decidida en la práctica del viaje en su conjunto. A lo largo de los años el viaje de los jóvenes va a ser sustituido por sus padres ahora por razones de salud. Las relaciones comerciales que había establecido Inglaterra con Europa (Francia, Países Bajos, Rusia, y otra naciones), los viajes por mar de Francis Drake, Walter Raleigh y muchos otros viajeros, y la enorme influencia en todo el país del libro *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation*, escrito por Richard Hakluyt, marcarían el sello de Inglaterra y del «turismo colonial», por un lado, y el desarrollo del *Grand Tour*, por otro.

EL VIAJE AL PACÍFICO

Terminada la Guerra de Sucesión de España, conflicto internacional que duró 1701 hasta 1713 con la firma del Tratado de Utrecht, aunque las hostilidades continuaron hasta 1715, Europa cambió su mapa político. Fue cuando España pierde Gibraltar en 1704 y el primer rey de la Casa Borbón, Felipe V, reinará hasta 1740. Se realizan unas alianzas entre las dos casas borbónicas de España y Francia, conocidas como Pactos de Familia. El primero de los Pactos de Familia entre las dos ramas borbónicas se firma en el Escorial donde Francia prometió a España, en 1733, ayudarla sobre sus reivindicaciones sobre el Peñón¹⁸. Según este tratado, España se compromete a apoyar a Francia en sus aspiraciones al trono de Polonia, vacante tras la muerte sin sucesión del rey Augusto II (1 de febrero), lo que da origen a la guerra de Sucesión polaca, mientras que Francia garantiza los derechos de los hijos de Felipe V e Isabel de Farnesio a los principados italianos y ofrece su ayuda en la obtención de Nápoles y Sicilia, así como, además, en la recuperación de Gibraltar. El segundo Pacto de Familia, realizado el 25 de octubre de 1743, fue en el contexto de la guerra de Sucesión de Austria, que se había iniciado en 1741, y el Tercer Pacto de Familia el 15 de agosto de 1761 entre Carlos III de España y Luis XV de Francia firmado en París. Ellos marcaron la política exterior de España y la estrecha amistad de ambas coronas favorecieron los viajes científicos franceses. España tenía que modernizar y fortalecer su marina para garantizar la seguridad de sus comunicaciones y hacer respetar el monopolio comercial con sus colonias de América¹⁹. Sin embargo, España y su monarquía permanecieron cerradas a muchas de las nuevas ideas originadas en la Ilustración. Y como en España y otros lugares vinculados a la religión y a la cultura católica se descuidaron la investigación, el juicio libre y la crítica, tres elementos que no deberían ser incompatible con ninguna creencia ni con sistema político²⁰. Entrado el siglo XVIII era necesario aprender de los franceses, conocer los avances científicos y culturales importantes que se producían en París y los proyectos de la Académie des Sciences. Francia tenía, por su parte, necesitaba realizar experimentos en regiones tropicales en la España americana. De esa manera, hombres como Jorge Juan y Antonio Ulloa se trasladaron a París para adquirir conocimientos y cuando

16 GONZÁLEZ LEMUS (1998), pp. 25-26.

17 PIMLOTT (1947), p. 66.

18 PÉREZ (2000), p. 330.

19 PÉREZ (2000), p. 328.

20 PIMENTEL (2008), p. 31.

la Académie des Sciences decidió la expedición científica de Godin, Bouguer y La Condamine en 1734, fueron Jorge Juan y Antonio Ulloa los que acompañaron a los franceses²¹. Los viajes científicos franceses en tierras de dominios españolas, incluidas las Canarias, se van a ver favorecidos, siempre acompañados de científicos españoles. August Broussonnet —aunque era cónsul— o Jean Charles Borda, se trata tan solo de algunos ejemplos en las Islas.

Mientras las dos naciones mantenían una entente cordial tras los Pactos de Familia, el entendimiento con Inglaterra estaba distante de Inglaterra, cuyos viajeros estaban solo permitidos la escala en puertos isleños para aguada durante unos días. El más significativo lo tenemos en James Cook.

James Cook en Santa Cruz de Tenerife

Cook llegó al muelle el 1 de agosto de 1776 para reponer lo perdido y tomar víveres y provisiones²². Cook iba acompañado de John Webber, destacado artista, pintor de paisajes y diseñador miembro de la *Royal Academy*, el médico cirujano William Anderson, el botánico David Nelson, recomendado por Joseph Banks y William Aiton, y dos jóvenes que llegarían a ser grandes navegantes en los anales de la navegación: el guardia marina George Vancouver y el contramaestre William Bligh. Los naturalistas en esta ocasión fueron varios oficiales, destacando James King. James Cook estaba al mando del *Resolution*, mientras el *Discovery* al mando del capitán Charles Clerke²³.

El naturalista y médico William Anderson y cuatro oficiales alquilan unos mulos y subieron a La Laguna. Pero como médico y afectado de tuberculosis, Anderson prestó especial atención al clima de la isla. Señaló directamente las propiedades terapéuticas del clima insular. Murió a bordo del *Resolution* el 3 de agosto de 1778 a consecuencia de su enfermedad. Durante su visita a Tenerife escribió:

El aire y el clima son notablemente sanos y particularmente apropiados para prestar alivio a enfermedades tales como la tuberculosis.

William Anderson aconsejó a los médicos que enviaran a sus pacientes a Tenerife a causa de la uniformidad de la temperatura y la benignidad de su clima, en lugar de recomendarle el continente europeo o Madeira, como usualmente sucedía, referencia directa al Grand Tour, que veremos enseguida. Según George Glas, las excelencias climáticas de las Islas eran las razones de la longevidad de los habitantes de Canarias.

El siglo XVIII es el siglo de la Ilustración, sin embargo, la segunda mitad del siglo Europa estuvo sometida a guerras entre sus potencia, una de ellas por la Independencia de los Estados Unidos (1775-1783). La independencia de los Estado Unidos supuso para la Corona inglesa, la pérdida de la colonia norteamericana y consecuentemente se vio obligada a buscar nuevos asientos coloniales, fijándose a partir de entonces en Australia para poder enviar convictos dado el elevado número que eran enviados a tierra americana. El descubrimiento de Australia por James Cook le añadió un enorme territorio sin explorar al Imperio británico que se iba a convertir efectivamente en una importante colonia penitenciaria²⁴. Y no se tardó muchos años en organizar expediciones para el envío de los primeros convictos, siendo la primera

21 PIMENTEL (2008), p. 37.

22 COOK (1784).

23 GONZÁLEZ LEMUS (1997).

24 BRIGGS (1994), p. 253.

capitaneada por Arthur Phillip. Pero los navegantes no eran ajenos al fuerte condicionamiento del movimiento de la Ilustración, por ello sus objeciones sobre la geografía física de las Islas están impregnadas de distintas investigaciones, razones por las cuales podrían incorporarse como expediciones científicas en suelo isleño.

Arthur Phillip

La expedición del capitán Arthur Phillip partió de Inglaterra el 13 de mayo de 1787, conocida como *First Fleet*. Debía encargarse de transportar setecientos cincuenta presos a Australia para formar una colonia penal en *Botany Bay*, como remedio al alarmante aumento del número de reclusos en el país, y tenía además, como beneficio secundario, la posibilidad de obtener mástiles y madera para las embarcaciones que podrían usar las flotas inglesas de la India²⁵. Permaneció en Tenerife una semana, desde el 3 al 10 de junio. Como fue incapaz de encontrar un guía que realizara una excursión al Teide, algunos de los tripulantes solo hicieron un viaje hasta Las Cañadas. En los diarios de los oficiales (Arthur Phillip, Watkin Tench, John White, John Hunter, entre otros) se pueden apreciar las huellas del Teide. En 1987, con motivo del 200 aniversario de la travesía de la *First Fleet*, Australia emitió tres sellos con una panorámica de Santa Cruz en 1787 coronado por el Teide. La segunda expedición no fondeó en puerto alguno de las Islas, pero sí la tercera, conocida como *Third Fleet*. Partió de Spithead el 15 de marzo de 1791 con unos 2.000 convictos a bordo en 11 barcos, bajo el mando de los capitanes John Parker, acompañados por su esposa Mary Ann, y Francis-Grosse, que iban a sustituir el destacamento de infantes de marina establecido desde el primer asentamiento británico (realizado con la *First Fleet*) por el nuevo cuerpo recién creado, llamado *New South Wales Corps*. La flota hizo escala en Tenerife, momento durante el cual Peter Rye, lugarteniente del *Gorgon*, uno de los barcos de guerra del Almirantazgo, junto con el botánico de la expedición, un tal Burton, realizaron una excursión al Teide²⁶. Se hospedaron en una de las casas de John Pasley en el Puerto de la Cruz²⁷.

John White, miembro de la primera expedición, puso también de manifiesto las cualidades del clima de Tenerife para la convalecencia de enfermos o *invalids*. Durante su estancia en Santa Cruz comentó que «*el clima de Tenerife es agradable y sano. No conozco ninguno mejor para la convalecencia de los enfermos. A esto hay que añadir, que los que quieran vivir aquí pueden elegir la temperatura que más le guste por el carácter montañoso de la isla*». Una clara alusión a los enfermos que viajaban por razones de salud a la Europa del sur.

JOHN BARROW Y EL VIAJE A PEKÍN

Unas referencias esenciales que ayudaron al reconocimiento médico-turístico de Canarias fueron las realizadas por el doctor irlandés George Staunton y contemporáneo John Barrow, acompañantes de George MaCartney en su viaje a Pekín en 1792 para hacerse cargo de la embajada de Su Majestad en China. Staunton compara Canarias, particularmente Tenerife, con Madeira, el *health resort* o centro médico-turístico de moda entonces, no dudando declararse a favor de la isla canaria. Tal entusiasmo mostrado con la naturaleza y el clima de la isla es de suma importancia, ya que por esas décadas de finales del XVIII, Madeira, junto a las riveras

25 PHILLIP (1789); HUGHES (2002), p. 73; GONZÁLEZ LEMUS (2003), p. 49; JIMÉNEZ FUENTE (2010); PÉREZ RODRÍGUEZ (1994) y GONZÁLEZ LEMUS (2003), p. 49.

26 RYE (1793), pp. 6-34; GONZÁLEZ LEMUS (2003), p. 50.

27 RYE (1793), pp. 6-34; GONZÁLEZ LEMUS (2003), p. 50.

francesas e italianas, era un destacado centro de recepción turístico entre los ingleses²⁸. Afirmó que Santa Cruz de Tenerife tenía más ventajas que Funchal, pues sus calles eran más anchas, limpias, agradables y menos pendientes; las provisiones y los vinos en el puerto canario eran más baratas que en la capital portuguesa; señaló con claridad que el aire de Santa Cruz era más puro y ligero que el de Funchal, y no dudó en afirmar que se encontraba en una de las Islas Afortunadas, refiriéndose a la concepción mítica de Archipiélago. Staunton lamentó que un *invalid*, apellidado West, el cual se había trasladado a Funchal para su convalecencia, «no hubiese venido a gozar de un clima [el de Tenerife] que nos pareció mejor que el de Madeira».

John Barrow, por su parte, hizo ciertos registros térmicos y afirmó que el clima de las Islas Canarias era quizás el más delicioso del mundo, pues «durante nuestra estancia [en Tenerife] el termómetro Fahrenheit nunca bajó de 70° [21°C] y tampoco subió de 76° [24°C]; normalmente la temperatura se mantiene a unos 72°F [unos 22°C]». A Barrow le informaron en la isla que la temperatura en las Canarias raramente sobrepasaba los 80°F [26°C] en los días más calurosos y que en los días más fríos rara vez bajaba a 66°F [18°C]. Le sorprendió enormemente tales registros porque daba una oscilación térmica durante todo el año de 8°C, variaciones que en Inglaterra se daba en menos de 24 horas.

Incluso, los ingleses residentes en las Islas mostraron mucho interés por el fenómeno de la climatología entre otras razones porque contaban con los instrumentos de medición. John Pasley, dotado de un termómetro Réaumur, en uso desde 1730, hizo registros de las temperaturas a diferentes altitudes en el Teide y en el Puerto de la Cruz, y su termómetro se lo prestó a Humboldt. El mismo Humboldt habló de las ventajas de Tenerife para la cura del *spleen*. Thomas Heberden, que residió en La Orotava, facilitó a Leopold von Buch sus observaciones. Charles Smith facilitó a James Clark sus registros de la temperatura del Puerto de la Cruz tomadas desde su casa Sitio Litle.

La influencia del clima en el origen de la exuberante vegetación y riqueza natural de las Canarias fue una apreciación muy común entre los viajeros. En 1801 el naturalista francés Jean-Baptiste Bory de Saint-Vincent no dudó en afirmar que la suavidad de la temperatura reinante en el valle de La Orotava favorecía la fertilidad del suelo. «Allí —comenta— es donde verdaderamente se encuentran las Islas Afortunadas, en las cuales abundan los vegetales de Europa, África y América».

A los viajeros dieciochescos europeos (naturalistas y exploradores), cuyo número fue elevado, podríamos considerarlo «turismo temprano» o «proto-turismo» en la medida en que decidieron hacer un alto en el camino mientras se dirigían en sus rutas expedicionarias, sobre todo para realizar la tan deseada excursión al Teide y, por añadidura, explorar la naturaleza insular, expresión de la mentalidad del hombre de la Ilustración y del hombre romántico. Ellos forman el germen del turismo moderno en las Islas porque las visitan para disfrutar de la atractiva y variada naturaleza insular y porque resaltaron la benignidad del clima para la cura de los aquejados de afecciones pulmonares y otras dolencias, dos de las características del Archipiélago que aún hoy constituyen reclamos de muchos viajeros a Canarias.

LA ERA DE LAS EXPLORACIONES EN EL SIGLO XIX

El Siglo XIX es la era de las exploraciones científicas de las Islas Canarias donde cambian los cometidos. Ahora se realizan muchos viajes directamente a las Islas para descubrir su naturaleza, su flora y su fauna, una exigencia propia de la Revolución Industrial. Las sociedades científicas estaban muy interesadas en el conocimiento del mundo isleño y enviaban a viajeros para su estudio.

28 STAUNTON (1797), p. 47.

El abanico de naturalistas que estudiaron los fenómenos de la naturaleza insular no habían sido investigados hasta ahora y ya no eran solo hombres los que protagonizaban el viaje sino también mujeres. Cabe destacar a Marianne North (1830-1890), que visitó Tenerife en 1875. Durante su estancia, no solo nos dejó una obra gráfica donde recoge algunas de las especies botánicas cultivadas en su interior del jardín de Sitio Little —el drago, buganvillas, rosas cherokee, etc.— que puede admirarse en la Marianne North's Gallery, en *Kew Gardens* de Londres, sino que también recoge una detallada descripción de la exquisita colección de plantas de Tenerife, aparte de sugerentes notas sobre la vida y costumbres de los isleños. Vino a Tenerife recomendada por el prestigioso científico y botánico, presidente de la Royal Society de Londres desde 1873 hasta 1878, sir Joseph Dalton Hooker (1817-1911), condecorado por la Academia de Ciencias de Suecia con la *Linnean Medal*, amigo de Charles Darwin, hasta tal punto que fue al primero que le confió sus concepciones evolucionistas. Tan pronto salió a la luz «El origen de las especies» en 1859, Hooker fue el primero en apoyarlo públicamente. Siendo director de *Kew Garden*, cargo que ocupó desde 1865 hasta 1885, proyectó en abril de 1871, en compañía de John Ball, el viaje para explorar la vegetación de Marruecos y su relación con las Canarias. Tuvo que ser en este viaje cuando se acercó a Tenerife para redactar los capítulos dedicados a la flora autóctona, especialmente un estudio sobre el drago. Precisamente Hooker animó a Marianne North. La historia natural de las Islas Canarias se va a poner al descubierto. La sistematización botánica de Carl von Linné y sus estudios sobre los ciclos vitales de los animales van a fomentar el desarrollo de la Ciencia con mayúscula. El cónsul francés en Tenerife, Pedro María Augusto Broussonet, botánico al que Alexander von Humboldt destaca por su papel en la defensa, difusión y desarrollo de la vegetación en las Islas, como, por ejemplo, fue el responsable de la introducción del árbol del pan en la isla.

El viaje entonces se vio muy favorecido por la invención de la máquina de vapor y su aplicación en los transportes marítimos, aumentando la navegación transoceánica, y la paz en los mares tras el fin de las guerras napoleónicas (1815) favorecieron a los puertos o Canarias para sus escalas en las rutas transatlánticas. Por eso, además de la botánica, otras ramas de la ciencia de la naturaleza pudieron desarrollarse por la existencia de una mayor comodidad en la movilidad naviera: la geología a cargo de Charles Lyell (1854); el universo insular por Charles Piazzi Smyth (1856); la biología y paleontología por William Kitchen Parker (1872); la botánica y zoología a cargo de Henry Nottidge Moseley (1872); la ornitología por Edmund G.B. Meade-Waldo (1887); le entomología por A.E. Holt White (1894), que estudió las mariposas de Tenerife, entre otros.

Pero la era victoriana, una historia del Reino Unido que marcó la cúspide de la Revolución Industrial, supuso entre otras razones negativas la concentración humana en las ciudades industriales como consecuencia de la inmigración. La tarea más importante a la que se enfrentó las ciudades fue proporcionar viviendas suficientes a la población que aumentaba con mayor rapidez que en cualquier siglo anterior²⁹. Las ciudades crecían con tanta rapidez que las construcciones apenas podían satisfacer las demandas, originándose así suburbios urbanos fuentes de contaminación. Los terratenientes solían vivir alejados y dejaban a sus administradores, la clase media, a hacerse cargo de sus fábricas y tejedurías en las localidades. En general, la clase media victoriana quería poseer sus casas, no de pisos que eran en general para personas que no podían permitirse algo mejor, aunque también había apartamentos destinados a caballeros solteros y sus criados³⁰. Sin embargo, las inmensas mayorías residían en casas baratas, de alojamientos pequeños y carentes de medio de vida saludable y los servicios públicos eran muy deficitarios, origen del desarrollo de ciertas enfermedades pulmonares como la tuberculosis. Para el historiador e hispanista Sir Raymond Carr fue la epidemia del siglo XIX.

29 CUNNINGHAM (1995), p. 40.

30 CUNNINGHAM (1995), p. 46.

Los médicos recomendaban a sus pacientes con enfermedades pulmonares una larga estancia en lugares con climas cálidos como las islas de Madeira y Canarias, pero eran para quienes pudieran pagarse el viaje y la estancia en el extranjero.

Así, muchos naturalistas y médicos británicos preocupados por la climatoterapia se acercaron al Archipiélago canario para analizar sus condiciones meteorológicas. Ellos sí buscaban desesperadamente el mejor clima, independientemente del estado del alojamiento, porque eran los primeros que se detectaban a sí mismos la enfermedad. La mayoría de los médicos extranjeros que viajaron a Canarias eran enfermos (*invalids*), que padecían sobre todo de alguna enfermedad pulmonar. El viaje a un lugar de posible interés médico turístico (*health resort*) le convenía por dos razones: en primer lugar, para su propia convalecencia y en segundo lugar, porque descubrir las propiedades climáticas de un lugar para la cura de patologías pulmonares, como la tuberculosis, le reportaban prestigio ante las instituciones médicas y científicas, y usaban sus conocimientos para la terapia de sus pacientes en sus consultas. El tratamiento de la tuberculosis por el clima jugaba un rol importante hasta entrado el siglo XX.

Abundan los relatos de los doctores y naturalistas victorianos. Los más sobresalientes por sus escritos en orden cronológico tenemos a: William Robert Wilde (1837); William W. Cooper (1840); William Marcet (1878); entre otros.

Estas y otras alusiones de los visitantes extranjeros a la benignidad del clima insular para combatir la epidemia que asoló a Europa en el siglo XVIII y que se proyectó con más virulencia en todo el siglo XIX, la tuberculosis, fueron las que crearon una imagen idílica y atractiva de las Islas y dieron origen, a partir de estos momentos, a unas expectativas viajeras para reconocer la imagen que se les ofrecía en las narraciones de viajes. Pero, a la vez, fueron los primeros descubridores de la Geografía Física, que establecieron las bases meteorológicas y climatológicas de las Islas, además de los conocimientos científicos de la naturaleza canaria. La incidencia de sus opiniones como la de naturalistas de otros países como Hermann Honegger, Hjalmar Öhrvall, el alemán W. Biermann, Tomás Zerolo, Hermann Christ van a favorecer la invención del turismo en las islas capitalinas con las formaciones de las sociedades la Compañía de Hoteles y Sanatoriun del Valle de La Orotava (1885) con su establecimiento del Orotava Grand Hotel en 1886, y la Grand Canary Company (1888) con su hotel el Santa Catalina, basculando entre capital británico y nacional. La apertura de los hoteles van a llamar a naturalistas y doctores victorianos a visitarlos para sus análisis como Ernest Hart (1887), Thomas Spencer Wells (1887), Herbert Coupland Taylor (1887), Morell Mackenzie (1888), Mordey Douglas (1887), John Cleasbey Taylor (1888) o Briand Melland, pero, a la vez con sus escritos muestran la idoneidad de las Islas como centro de salud, es decir, turístico, pues no olvidemos que entonces es turismo terapéutico, de ahí su interés por el examen atmosférico del clima y los recursos hidrológicos porque el agua para el consumo era de suma importancia. El Puerto de la Cruz, Las Palmas, El Monte de Riscal y en menor medida Santa Cruz, van a asistir al desarrollo de una oferta hotelera emblemática, junto con el establecimiento de boarding-houses por enfermeras británicas para el alojamiento y atención a sus compatriotas enfermos.

La Primera Guerra Mundial va a interrumpir la llegada de turistas y no vendrán visitantes hasta finalizada la contienda. Pero una vez rescatado el abanico de visitas de extranjeros tras finalizada la guerra nuestros puertos vuelven a verse frecuentados por barcos, pero ya no se trataba de un turismo terapéutico, sino más bien de un turismo de confort, de recreo, ahora protagonizado no solo por el Reino Unido sino también por otros países de Europa. En efectos, en esos años del período de entreguerra, las Islas Canarias se vieron con la presencia de un turismo de recreo organizado por navieras con añejo presencia en los puertos isleños como la White Star Line, la Companie Belga Maritime, la Norddeutscher Lloyd Bremen, la Blue Star Line, entre otras. Y van a verse complacidas con la visita de turistas distinguidos como la duquesa Cecilia de Mecklenburgo Schwerin, casada en 1905 con el príncipe heredero del trono

de Alemania y Prusia Guillermo (Guillermo III), en 1925, Agatha Christie, en 1927, Federico Augusto III de Sajonia, también en 1927, Bertrand Russell, en 1930, entre otros.

La Segunda Guerra Mundial vuelve a interrumpir el movimiento de la navegación mundial. Algunos de los barcos que realizaban cruceros iban ahora a ser utilizados con fines bélicos y fueron destruidos en la guerra. Sin embargo, después de terminado el conflicto, las islas menores comienzan paulativamente a incorporarse al proceso turístico, sobre todo, Lanzarote y Fuerteventura, pues en la medida en que se trataba de un turismo de sol y playa las dos poseen unas espléndidas playas de arena amarilla esparcidas por todas sus costas.

FUENTES PRIMARIAS

Archivo Histórico Provincial de Tenerife.
 Archivo Particular de Fernando del Hoyo Solórzano.
 Biblioteca Universidad. La Laguna.
 British Library. Londres.
 Public Record Office. Londres.
 Royal Society. Londres. *Philosophical Transaction*, vol. 29 (1714-1716) y vol. 55 (1765).
 The Medical Society de Londres.

BIBLIOGRAFÍA

- BÉTHENCOURT MASSIEU, A. (2003). *Canarias e Inglaterra: El comercio de vinos (1650-1800)*. Santa Cruz de Tenerife: Idea.
- BRIGGS, A. (1994). *Historia social de Inglaterra*. Madrid: Alianza Universidad.
- BROCK, W. H (1998). *Historia de la química*. Madrid: Alianza.
- BROSSE, J. (1985). *La vuelta al mundo de los exploradores. Reseña*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- CLEASBY TAYLOR, J. (1889). *Grand Canary: its climate and springs*. Leicester: John Richarson.
- COOK, J. (1784). *A voyage to the Pacific Ocean, undertaken by the Comand of his Majesty, for making discoveries in the Northern Hemisphere to determinate the position and extent of the West Side of North America, its distance from Asia, and the practicability of a Northern passage to Europe. Perform and under direction of Captains Cook, Clerke and Gore in his Majesty's Ships the Resolution and Discovery in the years 1776, 1777, 1778, 1779 and 1780*.
- COOPER, W. W. (1840). *The invalid's guide to Madeira with a description of Teneriffe, Lisboan, Cintra, Mafra, etc*. London: Smith, Elder & Co.
- CUNNINGHAM, C. (1995). *La construcción en la época victoriana*. Madrid: Akal.
- DESMONT, R. K. (1995). *The History of the Royal Botanic Gardens*. London: Harvill Press.
- DOUGLAS, M. (1887). *Grand Canary as a health resort*. London: Churchill.
- EDUARDES, C. (1887). *Rides and Studies in the Canary Islands*. London: Fisher Unwin.
- FREIXA, C. (1993). *Los ingleses y el arte de viajar*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- GEYMONAT, L. (1985). *Historia de la Filosofía y la Ciencia*. 3 Volúmenes. Barcelona: Editorial Crítica.
- GONZÁLEZ LEMUS, N. (1997). «James Cook en Tenerife, 1776». *La Prensa, El Día*.

- GONZÁLEZ LEMUS, N. (1995). *Las islas de la ilusión. Británicos en Tenerife (1850-1900)*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria.
- GONZÁLEZ LEMUS, N. (1998). *Viajeros victorianos en Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria.
- GONZÁLEZ LEMUS, N. (2003). *Viajeros, naturalistas y escritores de habla alemana en Canarias (100 años de historia, 1815-1915)*. Santa Cruz de Tenerife: Baile al Sol.
- HART, E. (1887). *A winter Trip to the Fortunate Islands*. London: Smith Elders.
- KERR, R. (1824). *A General History and Collection of Voyages and Travels - Arranged in Systematic Order: Forming a Complete History of the Origin and Progress of Navigation, Discovery, and Commerce, by Sea and Land, from the Earliest Ages to the Present Time (1811-1824)*. London.
- MACAULAY, G. (1984). *Historia social de Inglaterra*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- MARCEY, W. (1883). *The principal Southern and Swiss Health Resort, their climate and medical aspect*. London.
- MASON, S. (1985). *Historia de las ciencias. La revolución científica de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Alianza.
- MELLAND, B. (1897). *Climatic Treatment in Gran Canary*. London: John Heywood.
- MORTIMER, G. (1791). *Observations and remarks made during a voyage... in the brig Mercury comanded by John Henry Cox*. London.
- PÉREZ, J. (2000). *Historia de España*. Barcelona: Editorial Crítica.
- PHILLIP, A. (1789). *The voyage of Governor Phillip to Botany Bay: with contributions by other officers of the First Fleet and observations on affairs of the time by Lord Auckland / with an introduction and annotations by James J. Auchmuty*. London: J. Stockdale.
- PIMLOTT, J. A. R. (1976). *The Englishman's Holiday. A social History*. New York: The Harvester Press Ltd.
- REI, D. (1978). *La revolución científica. Ciencia y sociedad en Europa entre los siglos XV y XVII*. Barcelona: Icaria.
- ROGGEWEIN, J. (1724). *Voyage round the world in 1721-1723*. London.
- RYE, P. (1793). *An Eursion to the Peak of Teneriffe in 1791*. London: R. Faulder.
- SOUSA NUMES, J. de. (1988). «Antecedentes británicos do turismo na Europa, entre os séculos XVI e XVIII». En *Islenha*, nº 2, Jan-Jun.
- STAUNTON, G. (1797). *An Authentic Account of an Embassy from the King of Great Britain to the Emperor of Chine*. London: W. Bulmer and Co. 3 vols.
- THURSTAN, P. (1889). *The Canaries for Consumptives*. London: W. H. Llen and Co.
- VIERA Y CLAVIJO, J. de (2016). *Historia General de las Islas Canaria*. 4 volúmenes. San Cristóbal de La Laguna, Tenerife: Nivaria Ediciones.

